

# *Intelectuales tuis y trabajadores intelectuales que gustan visitar talleres de imprenta*

Artículo recibido el 20 de junio de 2015 y aceptado el 15 de julio de 2015.

Salvador López Arnal

## **RESUMEN**

*Este artículo realiza un estudio acerca del papel de Manuel Sacristán y Francisco Fernández Buey como intelectuales críticos, así como sobre sus reflexiones en torno a la función social y política de los intelectuales. Ambos autores destacaron por su crítica al proceso de derechización de los intelectuales durante los años 70 y 80. Al mismo tiempo, propusieron una labor cultural al servicio de la irrupción de valores alternativos, al estilo del “trabajo capilar” propuesto por Gramsci. Fernández Buey propone, frente a la concepción tradicional del intelectual en la izquierda, la figura de un “intelectual productivo” o de nuevo tipo, con el objetivo de lograr una cultura obrera alternativa a la cultura dominante. Esta posición política se corresponde con una praxis coherente. Estas características de su actividad provocan que ambos autores respondan más a la categoría de “maestros” que a la de intelectuales, al menos en su sentido tradicional.*

**PALABRAS CLAVE:** Manuel Sacristán y Francisco Fernández Buey; Función de los intelectuales críticos; Praxis; Cultura obrera; Valores alternativos.

## **ABSTRACT**

### ***Little intellectuals and intellectual workers who like to visit printing houses***

*This article presents a study on the role of Manuel Sacristán and Francisco Fernández Buey as critical intellectuals, and on their reflections on the social and political function of intellectuals. Both authors noted for their criticism of the drift to the right that was made by leftist intellectuals during the 70's/80's. At the same time, they proposed a cultural work at the service of the emergence of alternative values, in the style of the “grass-roots work” proposed by Gramsci. Fernández Buey proposes, against the traditional conception of the intellectual in the left, the figure of a “productive intellectual” or an intellectual of new type, with the aim of achieving an alternative worker's culture against the dominant culture. This political position corresponds with a consistent practice. These characteristics of their activity cause that both authors belong better to the category of “masters” than intellectuals, at least in the traditional sense*

**KEYWORDS:** Manuel Sacristán and Francisco Fernández Buey; Function of the critical intellectuals; Praxis; Worker's culture; Alternative values.

Para el maestro, activista e incansable trabajador intelectual Miguel Candel. Porque, como escribió el poeta, ya son muchos años (cuarenta) desde entonces.

*¿Qué es lo que me ha salvado de convertirme en un pingo almidonado? El instinto de la rebelión, que desde el primer momento se dirigió contra los ricos porque*

*yo, que había conseguido diez en todas las materias de la escuela elemental, no podía seguir estudiando, mientras que sí podían hacerlo el hijo del carnicero, el del farmacéutico, el del negociante en tejidos [...] Luego conocí la clase obrera de una ciudad industrial, y comprendí lo que realmente significaban las cosas de Marx que había leído antes por curiosidad intelectual. Así me he apasionado por la vida a través de la lucha de*

*la clase obrera. Pero cuántas veces me he preguntado si era posible ligarse a una masa cuando nunca se había querido a nadie, ni siquiera a la familia, si era posible amar a una colectividad cuando no se había amado profundamente a criaturas humanas individuales. ¿No iba a tener eso un reflejo en mi vida de militante, no iba a esterilizar y reducir a puro hecho intelectual, a puro cálculo matemático, mi cualidad revolucionaria?*

Carta de Antonio Gramsci a Julia Schucht (Viena, 6 de marzo de 1924)

## Sentidos y referencias

Si el ser aristotélico se decía –e incluso se continúa diciendo– de muchas formas, hasta el inesperado punto, como solía contarnos José María Valverde desternillándose de risa, que una cadena radiofónica lleva su nombre (¡con mayúsculas!), el concepto de intelectual no queda rezagado en la cardinalidad de su densa y poblada polisemia respecto a la gran y más que compleja categoría ontológica. Dar cuenta y comentar dos de sus acepciones, opuestas en sentido y referencia, es una de las finalidades de este texto. La otra es esbozar un homenaje a dos trabajadores intelectuales, a dos maestros fallecidos. Por su magisterio, por el reconocimiento y la devoción no cegada a ellos debida.

## La evidencia

No sería él, comentaba Francisco Fernández Buey [FFB] en marzo de 2007, quien fuera a negar la evidencia. Personas que se decían de izquierdas e incluso revolucionarias en la década de los sesenta y/o setenta del pasado siglo, en España y en otros países, se habían hecho luego de derechas. Un hecho indiscutible. Se solía hablar de los casos más llamativos en el ámbito político. Gentes que un día fueron la izquierda de la izquierda habían pasado a ser la derecha de la derecha... e incluso, en alguna ocasión, la ultraderecha de la derecha.

El proceso era más amplio y más profundo. Afectaba también a intelectuales de lo que se conoció como la izquierda moderada o “socialdemócrata”. Para hacerse una idea de lo sucedido bastaba con comparar lo que decía el “compañero Miguel”, en la

Escuela de Verano del PSOE de 1976, con lo que solía decir en aquellos años Miguel Boyer. De propugnar la nacionalización de la banca, las eléctricas y la siderurgia a la FAES de Aznar. Ese era el camino seguido; no sólo por él... y en apenas treinta años.

El transformismo de los intelectuales era tan antiguo y repetido que volver sobre el asunto podría resultar tedioso si no fuera porque “en ese paso hay implicadas algunas tragedias que a veces se olvidan”. FFB recordaba una de las más sangrantes, la conversión de Mussolini: de paladín del socialismo maximalista italiano a fundador del partido fascista.

Tragedias aparte, el tema era tan insípido –aunque no inodoro– que los intelectuales que se habían mantenido leales a la izquierda “siempre escribieron sobre el transformismo de los otros con ironía o sarcasmo”. Él recordaba tres casos. Gramsci, definiendo a Marinetti y a los futuristas italianos como niños que se habían divertido coqueteando con los trabajadores para acabar volviendo al redil de la propia clase “cuando pintan bastos”. Brecht, redactando el libro de los *tuis* para distinguir entre intelectuales e intelectualines en la crisis. Lukács ironizando sobre “la falta de columna vertebral de los intelectuales tránsfugas como una ventaja fisiológica que permite al susodicho agusanarse ante el Poder”.

Nada nuevo bajo este sol demediado, las novedades eran otras. En aquellos años y en aquella España, había dos que convenía subrayar.

La primera consistía en agrandar hasta lo irreconocible el propio pasado revolucionario para luego, “bajo la apariencia de estar haciendo razonable autocrítica, poner a caldo, por antiguos”, a los compañeros que sí fueron de izquierdas y seguían siéndolo. La operación solía dar buenos dividendos en la sociedad del espectáculo. Las personas jóvenes, que no tenían por qué saber lo de izquierdas que “el agrandado” había sido en su juventud, recibían el mensaje y solían o podían pensar: los intelectuales que siguen ahí, que resisten son unos dogmáticos de tomo y lomo. En suma, “el viejo truco de la autocrítica que en el fondo es sólo retórica para criticar a la izquierda real, a la izquier-

da socialmente coherente". Seguían siendo intelectuales orgánicos... pero de otros grupos o clases sociales.

La otra particularidad recurrente en aquel tiempo consistía en llamar intelectual "a cualquier cosa". En este nudo, los medios de desinformación de la derecha política jugaban un papel preponderante. Primero desprestigiaban a los pocos intelectuales serios que había y luego elevaban a la categoría de intelectual "al tránsito que en el pasado fue, a lo sumo, un politicastro o un escritor de catequismos". Subido a los altares de la intelectualidad, se ubicaba, o lo ubicaban, a continuación, en la lista de los objetos consumibles, un atributo frecuente en la sociedad del espectáculo. Así se hinchaba la nómina de los supuestos intelectuales que fueron rojos y entonces eran más bien azulados.

Una de las consecuencias perversas de la situación era que al final el ciudadano/a acababa creyéndose "lo que dice el intelectual que dice que fue de izquierdas" y lo que decían "los medios de la derecha del politicastro convertido en intelectual por arte de birlibirloque". La otra prensa, los otros medios que no se querían de derecha-derecha, solían hacer eco. Resultado: se iba perdiendo cualquier concepto serio de las palabras "intelectual" e "izquierda".

Su posición de fondo la iba a decir drásticamente en dos frases. La primera sonaba así: él no había conocido a ningún intelectual serio "que fuera de izquierdas de verdad, y que al mismo tiempo dijera de sí mismo que era un intelectual y de izquierdas". Le bastaba con ser "rojo" y con tener, además, pensamiento propio. La segunda decía así: la nómina habitual de los intelectuales de izquierda que se pasaban a la derecha en nuestro país estaba hinchadísima, pues se tendía a llamar intelectuales a muchos que no lo eran y se tendía a considerar de izquierdas a otros tantos que sólo lo fueron en su trabajada y reconstruida imaginación. En cambio,

*paralelamente se recorta (a veces hasta el doloroso olvido) la lista de quienes, con los distingos de rigor, se han mantenido leales a los valores de la izquierda que defendieron en el pasado.*

La visión periodística de la historia tan extendida, el *presentismo* y la tendencia a convertirlo todo "en espectáculo, en titular o en publicidad" tenían mucho que ver con lo indicado. Era ya evidente para cualquier lector habitual de periódicos y semanarios culturales que la responsabilidad de la hinchazón de aquella nómina y del ninguneo de los otros no correspondía sólo a lo que ya entonces se venía llamando "la caverna". Entre otras publicaciones, también *EL PAÍS*, el diario donde FFB publicaba su reflexión, tenía su responsabilidad en ello.

Cabía preguntarse en voz alta si en vez de seguir hinchando el globo de los *tuis* y de los politicastros que se pasaban a la derecha, no sería mejor hacer algo, para honrar a los intelectuales de izquierda que se habían mantenido leales, sin dogmas, sin fanatismos y sin ismos, por principios poliéticos, y no por cálculos de intereses basados en una supuesta y sofisticada teoría de la decisión racional. Sobre todo, honrando a aquellos que habían seguido trabajando, escribiendo y actuando a favor de "los de abajo", de las personas más explotadas y vulnerables, y sin mayor impacto mediático. Lo que quedaba de aquella izquierda digna de ese nombre "debía mucho a éstos, mujeres y varones", a personas como él, es justo y necesario añadir.

*Eran los intelectuales que habían enlazado los ideales social-comunistas o libertarios de la izquierda de ayer con las luchas de hoy en favor de la democracia participativa, de la diversidad en la igualdad, de la economía social ecológicamente fundamentada, de los anhelos de los anónimos a los que un día llamamos pueblo.*

Honremos, pues, concluía, lo que estos últimos habían hecho como intelectuales de verdad y reconozcamos el valor de su resistencia ético-política, de paso que debíamos dejar ya de hinchar el globo del transformismo.

Es momento de dibujar algo más el segundo de los objetivos del presente texto: abonar el recuerdo, honrar la memoria, el compromiso, la sabiduría, las múltiples enseñanzas y el gran y poliédrico legado de dos trabajadores intelectuales que lo han sido de verdad, arriesgando como pocos desde una perspectiva comunista democrática.

tica en la lucha antifranquista, con las duras consecuencias que eso suele tener, en los tiempos de la (hasta hace poco) Inmaculada transición-transacción y en los posteriores años de abandono, vuelta a casa, revisión y, en casos más que frecuentes, estudiada y bien remunerada ubicación. El actual consejero de Cultura catalán, Ferran Mascarell, es uno de los casos más paradigmáticos.

Casi no es necesario explicitar los nombres de estos dos intelectuales-mucho-más-que-intelectuales. Están en la mente y en el recuerdo de todos nosotros. Son los autores de *El orden y el tiempo* y *Leyendo a Gramsci*, dos grandes aproximaciones sobre alguien que, como cualquier otro mártir, y tal como ellos dijeron y sintieron, siempre fue “digno de amor”. El trabajo capilar que Gramsci propugnó aspiraba a la irrupción de valores alternativos, de una nueva cultura, de un mundo más justo y humanizado. Eso era, de hecho, el marxismo para ambos: otro tipo de hacer intelectual no teoricista, “la conciencia crítica del esfuerzo por crear un nuevo mundo humano” (Sacristán, 1984, p. 396).

## Valores alternativos

“Cultura obrera y valores alternativos en la obra de Manuel Sacristán” es el escrito que FFB (1997) presentó en el homenaje que Comisiones Obreras organizó en el décimo aniversario del fallecimiento del traductor de *El Capital*.

Después de las verdades como puños que acababa de decir Jordi Olivares, uno de los fundadores de la federación de enseñanza del sindicato con la que también ellos dos estuvieron más que comprometidos, FFB quería empezar agradeciendo, “de corazón y de verdad”, la iniciativa de la CONC “al recordar a Sacristán y su obra en el décimo aniversario de su muerte”. Estaba convencido de que éste era, tal como estaban las cosas en aquel momento, el mejor lugar en que podía recordarse la vida y la obra de Sacristán y “ni que decir tiene que me encuentro muy a gusto en este acto, en el que estamos en familia”, aunque fuera una familia ampliada a la brasileña, “que, en fin, supongo que es lo que somos”.

En su recuerdo, Sacristán no era simplemente un intelectual amigo de la clase obrera por motivos políticos y circunstanciales. Nada de eso. El ex miembro de la ejecutiva del PSUC se sentía, quería ser un trabajador intelectual en la producción, un trabajador que aprovechaba el privilegio de la formación intelectual para “ser útil a los de abajo, a aquellos otros, trabajadores también, que a veces sabiéndolo, y otras veces sin saberlo”, habían dado su trabajo y su sudor para que fuera posible “un conocimiento superior, privilegiado, eso que seguimos llamando cultura superior”, que no era desde luego toda la cultura.

Intelectual, amigo circunstancial de los trabajadores, “era aquel que hacía favores de vez en cuando al movimiento obrero organizado”, a sus sindicatos por ejemplo. Un intelectual de nuevo tipo, un intelectual productivo, era aquel que voluntariamente hacía “lo posible porque los beneficios del privilegio propio reviertan de manera útil en la configuración de una cultura alternativa a la cultura dominante”. Creía FFB que, sin temor a equivocarse, se podía decir que Sacristán era un intelectual en este segundo sentido (también, sin ninguna duda, soy yo quien habla ahora, lo era el propio FFB).

Si esto último, lo de una cultura obrera alternativa a la cultura dominante, había de ser o no una utopía, eso era algo que la historia ya diría, pero en cualquier caso, también creía que se puede decir con verdad “que ése fue el ideal de Manolo Sacristán”. Y también el suyo. “Voy a decirlo lo más brevemente posible: tal como yo lo veo en el recuerdo, Manolo luchó siempre por renovar y dar nueva forma a la vieja aspiración, una aspiración libertaria, socialista, comunista, a una nueva cultura de los trabajadores”. Aún más, por lo que él sabía, “muchas de sus alegrías, en la vida que le tocó vivir, tuvieron que ver con momentos en los que parecía que la cultura obrera alternativa tomaba cuerpo, o iba a tomar cuerpo en nuestra sociedad”.

Y también varias de sus depresiones, que las hubo (como de otra manera en su caso, aunque no vividas del mismo modo), eran inseparables de decepciones “ante el choque entre aquel ideal de una cultura obrera alter-

nativa y la realidad cotidiana del mundo del trabajo y del mundo obrero organizado". No hace falta apuntar aquí, por ejemplo, lo que pudo significar para el coautor de *Redes que dan libertad* la gran derrota y la permanente agresión contra las clases de trabajadoras de aquí y de casi todo el mundo en sus últimos años de vida.

¿De qué cultura y de qué valores estaba hablando Sacristán, de qué valores nos habló también FFB? En el díptico que se había confeccionado para convocar "a la familia ampliada a este acto" se tenía una pequeña muestra. Era una reflexión que procedía de una entrevista que le habían hecho a Sacristán para *El Viejo Topo* Jordi Guiu y Antoni Munné. "No se publicó entonces, en 1978, porque el propio Manolo, después de ver el resultado, no quiso que se publicara".

El contexto, recordaba FFB, era bastante particular. Guiu y Munné habían hablado con él en un momento en el que estaba saliendo de una fase depresiva anterior. ¿Por qué no escribe, por qué lleva tanto tiempo callado (sin llevar, de hecho, tanto tiempo callado)? Su respuesta:

*A partir de ese momento [FFB: a partir del momento de la comprobación de que las cosas para nosotros, para los que teníamos o tenemos el ideal de una cultura obrera alternativa, iban mal] me acerqué –dice él–, a la comprensión y al amor de esa gente que se ha quedado en la cuneta intentando mantener, por otra parte, la voluntad de racionalidad del movimiento obrero, que es, en mi opinión, una voluntad de modestia.*

Estaba haciendo Sacristán la radiografía moral de la cultura del movimiento, apuntaba su amigo. A partir de un determinado momento de su vida, en 1975 y 1976, se había dedicado mucho a ello. Como él, como FFB, ambos compartieron con Neus Porta y otros amigos tareas de alfabetización en la escuela Can Serra de l'Hospitalet de Llobregat organizada y dirigida por su compañero Jaume Botey. El mismo habló de ello años después, en estos términos<sup>1</sup>:

*Aquí [en temas de conocimientos científicos y filosóficos] hay un problema muy importante de información, que no lo resolvería todo, porque hay además un problema de moral, de valores y social, pero que sólo así permitiría plantear el problema de valores, es evidente. Esto, cuando se tiene experiencia directa, yo he tenido bastante durante años, puede causar angustia.*

Recordaba lo sucedido en la escuela de adultos, en la "que trabajábamos bastantes personas", cada una en un determinado campo. A él, que aunque no era realmente un economista era de la Facultad de Económicas, le pidieron que hiciera una alfabetización económica para inmigrantes jóvenes y bastante recientes. Algunos, mediados de los setenta, todavía no habían encontrado trabajo. Era antes de la crisis de aquellos años, "antes de que estallara lo grueso de la crisis, ya en crisis pero sin que fuera tan visible como ahora". En una de las sesiones en la tenía que explicar qué eran, precisamente, las crisis cíclicas capitalistas y si la crisis en la que se entraba con el petróleo era o no una crisis cíclica,

*cuando llevaba algo así como quince minutos explicándolo, una chica joven, una madre de familia pero muy joven, también recién inmigrada, extremeña, me dice: «¿Y por qué ahora que empezamos a estar mejor el gobierno habla de crisis?». Esto, que podría hacer reír a algún pedante universitario, pensando «esta señora no entiende nada», es una patética muestra de hasta qué punto está indefensa para entender lo que pasa la mayor parte de la población.*

Para esta trabajadora recién llegada, que acababa de encontrar trabajo, que había encontrado un piso en el barrio cercano a la escuela hacía pocos meses, ahora que empezaba a estar mejor porque todo el primer año de emigración había sido un infierno,

*[...] buscando piso, buscando trabajo, viendo dónde dejar el niño, el marido buscando trabajo, buscando piso, ahora, decía ella, «que empezamos a estar mejor», desde la limitación de su punto de vista particular... y eso lo decía después de quince minutos de hablar de crisis cíclicas.*

<sup>1</sup> Coloquio de la conferencia "La función de la ciencia en la sociedad contemporánea", dictada a principios de los 80 en el Instituto Maragall de Barcelona. Para una magnífica aproximación a esta conferencia, véase la tesis doctoral de José Sarrión (2014).

El problema de información de la mayoría de la ciudadanía en aquellos años, no había que hacerse ilusiones al respecto, era enorme y seguramente era el más importante. Pero no lo resolvía todo. Luego, las personas informadas, además, tenían que decidir, tomar posición, porque sobre los valores ninguna ciencia podía decidir nada por sí misma, sin más mediaciones. La poliética, como diría FFB, las finalidades, el proyecto vital de cada uno tenían que hacer acto de presencia.

FFB recordaba a continuación la reflexión de Sacristán en la entrevista con Guiu y Munné:

*El militante obrero, el representante obrero, aunque sea culto, es modesto, porque reconoce que existe la muerte como lo reconoce el pueblo. El pueblo sabe que uno muere; el intelectual, en cambio, es una especie de cretino grandilocuente que se empeña en no morir<sup>2</sup>. Es un tipo que no se ha enterado y que intenta ser célebre, hacerse un nombre, destacar, y todas esas «gili-polleces» que son el trasunto ideal de su pertenencia a la cultura dominante.*

En cambio, en la cultura, en las tradiciones obreras regía la modestia porque existía, y de qué manera, el reconocimiento de la muerte.

*Cada generación muere y luego sigue otra y los héroes obreros son, en general, héroes anónimos mientras que los héroes intelectuales tienen, en general, dieciocho apellidos, cuarenta antepasados, influencias de escuelas y todas esas «leches» de los intelectuales tradicionales.*

El paso acababa con una explicación de las razones del acercamiento a esa gente, a esos compañeros, que se habían quedado en la cuneta. Al hablar de gente que se había quedado en la cuneta, señalaba FFB, “Manolo está pensando, fundamentalmente, en Ulrike Meinhof, aquella liberal radical demócrata alemana, que se desespera y que acaba suicidándose o, tal vez, la suicidaron en la desesperación”, que el propio Sacristán y su amigo Vicente Romano habían conocido durante su estancia en Múnster, o también

en los “indios metropolitanos” seguidores del indio Gerónimo y en otras gentes y colectivos que habían quedado fuera de circulación política. Para ese acercamiento, para su aproximación a esas víctimas entre las víctimas, existía una razón emocional que FFB también compartió en su alma y cerebro desde sus años palentinos de juventud,

*[...] el vivo convencimiento de que a mí me gusta intentar saber cómo son las cosas. A mí, el criterio de verdad de la tradición del sentido común y de la filosofía me importa y no estoy dispuesto a sustituir las palabras «verdadero» o «falso», por las palabras «válido», «no válido», «coherente», «incoherente», «consistente», «inconsistente». No, para mí, las palabras buenas son «verdadero» y «falso», como lo son en la lengua popular, como lo es en la tradición de la ciencia. Igual en Pero Grullo y en la boca del pueblo que en Aristóteles.*

Los del válido, no válido, añadía Sacristán, eran los intelectuales (tuis) que, en este sentido, eran gentes que no iban en serio.

La entrevista la iban a publicar, proseguida FFB, en un número monográfico de *mientras tanto* (el 63) dedicado a Sacristán, entre otras cosas porque “pensamos que las dos razones principales por las que él mismo se opuso a que la entrevista se publicara en su momento han caducado”. Las dos razones que había aducido su amigo eran muy sencillas.

La primera está directamente relacionada con nuestro asunto: “¿qué van a pensar los demás cuando lean esto que digo yo?” Acaso “¿no pensarán que también yo soy un intelectual como los demás y que estoy contando otro disco parecido al que cuentan otros intelectuales?” Mejor callarse. “¿A quién le interesan mis neuras?”

La segunda era más política, más del momento: “Manolo no quería desmoralizar a los amigos naturales. Esas dos cosas eran en él razones profundas de su estar en el mundo”. Pero FFB y sus compañeros de *mientras tanto* pensaron que había pasado ya tiempo suficiente como para que esta segunda razón dejara de tener el peso que tenía

<sup>2</sup> FFB advertía: “son frases un poco duras pero voy a decir porque era como hablaba Manolo cuando hablaba con los amigos, con la familia ampliada”.

hacía veinte años. “Vamos a decirlo como él se lo decía a los amigos: ¿quién se va a desmoralizar hoy al leer u oír esto?”

La reflexión le servía para recoger unas observaciones que enlazaban con la idea que Sacristán tenía de una cultura obrera alternativa. La voluntad de modestia, la voluntad de humildad, tenía su reflejo, en el nombre mismo de la revista que ellos fundaron. Lo de *mientras tanto* tenía que ver con eso... y acaso con el poema lorquiano.

*En 1978-79 mientras tanto evocaba la modestia, la humildad. Y un talante más bien lírico. Tengo que recordar esto aquí porque, tal como van las cosas, ese mismo nombre hoy casi evoca la épica. Recordad que en el 78 o 79 casi todo el mundo que empezaba a hacer una revista le ponía por título Adelante, A por ellos, Revolución bolchevique, Ganaremos, Venceremos, etc.*

*Mientras tanto* era, en ese contexto, una publicación más bien lírica. La voluntad de modestia, de humildad, el reconocimiento de que existía la muerte y su vinculación con el anonimato obrero y el contraponerlo a la búsqueda constante de la celebridad, también le parecía a FFB, como no podía ser menos, uno de los rasgos de la mejor tradición del movimiento obrero de todos los tiempos. Valía la pena mantener esa idea, recuperarla, renovarla. El autor de *Utopías e ilusiones naturales* lo hizo hasta el final de sus días.

Finalizando su intervención, FFB esbozaba unos comentarios sobre la forma que “Manolo tenía de relacionarse con los trabajadores manuales”. Podría dar muchos ejemplos de los que había sido testigo, pero se iba a referir a dos de ellos. De uno de ellos, de la experiencia de Can Serra, iba a hablar Jaume Botey, en la que se intentó combinar “la alfabetización de adultos y la formación político-cultural en condiciones muy difíciles para los trabajadores”. Sacristán, junto con Neus Porta, la esposa-compañera de FFB, él mismo, Fariñas y otros compañeros, como se apuntó, hicieron allí un trabajo que se recordará. Que se recuerda.

El otro ejemplo al que quería referirse FFB era precisamente el de la presentación del primer número de la revista en los antiguos locales de CC.OO. (los de la calle Padilla de Barcelona). Eran dos ambientes

diferentes, pero que a FFB le traían a la memoria un mismo recuerdo sobre la forma de relacionarse con los trabajadores.

*Manolo se consideraba uno de ellos, uno de los nuestros, no sé muy bien cómo decirlo: era uno más, allí en Can Serra y aquí, en CC.OO. No tenía ningún problema en mantener el mismo método, el mismo rigor, la misma profundidad de pensamiento, que siempre tuvo en sus clases, pero traducida al lenguaje de aquellos que tenía como interlocutores. No he visto nunca a nadie con la capacidad que él tenía para hacerse entender respecto a problemas difíciles de explicar.*

¿A nadie como Sacristán con esa capacidad? Yo sí lo he visto: a FFB, y en varias ocasiones. En la Universidad, en institutos, en escuelas, en locales obreros, en colectivos alternativos... Y esto era, seguramente, lo más difícil siempre para un intelectual, para un profesor: “cómo romper con nuestra forma normal de expresión, en nuestras clases o con nuestros colegas”, para comunicar con personas que no eran letradas, que no eran letraheridos y con las que se compartía creencias, ideales, posiciones políticas, compromisos, riesgos, formas de entender la vida.

En esta relación con los obreros y obreras eran muchos los intelectuales que tendían a la pedantería o a edulcorar las cosas pronunciando las palabras que los otros querían oír.

*Manolo no; Manolo no era así. Manolo podía ser muy negro y muy duro con la gente con la que compartía los mismos ideales, en este caso con las personas de CC.OO. Muchas veces decía que hay que pintar la pizarra bien de negro para que destaque sobre ella el blanco de la tiza con que hay que escribir las propuestas alternativas.*

Así se había comportado, por ejemplo, el día de la presentación de *mientras tanto* en los locales de CC.OO. (yo mismo fui testigo de su duro pero fraternal enfrentamiento con Francisco Frutos). En su recuerdo aquello había sido casi como una batalla campal dialéctica. Una polémica dura pero al mismo tiempo amistosa, “como cuando discutimos en la propia casa con un amigo o con una amiga”. Sacristán odiaba el lenguaje diplomático de los políticos profesionales: no tenía pelos en la lengua a la hora de expresar opiniones diferentes “a las de

los amigos naturales, pero al mismo tiempo pensaba –y así lo escribió en la primera carta de la redacción de *mientras tanto*– que había que mantener sosegada la casa de la izquierda”. Un llamamiento, en su razonable lectura, a la discusión franca y racional de las diferencias.

El recuerdo de la entrevista del *Topo* y de estas anécdotas le permitía a FFB llamar la atención también acerca de otro rasgo de la personalidad de su amigo: la veracidad. Su proyecto en aquellos años era volver a juntar dos nudos que se estaban separando y que seguían (y siguen) en parte separados: ciencia y clases trabajadoras. Ese había sido un proyecto perseguido en el movimiento obrero de nuestro país de países desde Jaime Vera. “La dificultad está precisamente en renovar el viejo proyecto de juntar ciencia y proletariado en cada momento histórico nuevo, en función de los cambios que particularizan cada situación”.

Así, con esa intención, había nacido también el proyecto de *mientras tanto*. Había una cosa entonces poco conocida que le permitía ejemplificar lo señalado. En octubre de 1972, Sacristán propuso a la editorial Grijalbo, para la que entonces trabajaba, tres nuevas colecciones. La primera se llamaba “Hipótesis”, la que finalmente salió y codirigieron Sacristán y él mismo. No duró mucho “seguramente porque los tiempos ya no estaban entonces para esas cosas”. La propuesta respondía fundamentalmente a la intención de Sacristán de dar primacía a la ciencia y al pensamiento racional.

La segunda se llamaba “Naturaleza y sociedad”; no llegó a publicarse. El proyecto incluía una de las cosas a las que más tiempo iba a dedicar Sacristán (y FFB) en sus últimos años. “ Toda una serie de libros con temas medioambientales, ecologistas”. Sacristán lo llamaba con un término que se había inventado: sociofísica. Su intención: “que esa fuera una colección de alta divulgación, en la que se juntaran temas sociales y temas de la naturaleza”.

La tercera colección no sólo no llegó a salir sino que, además, recordaba FFB, se encontró enseguida con el ceño fruncido de los editores cuando la presentó. Se trataba de unos cuadernos de iniciación científica

(CIC, la segunda C permitía una fácil poli-semia) que estaban dirigidos fundamentalmente al movimiento obrero organizado, a trabajadores cultos, a dirigentes sindicales. En la presentación que escribió para Grijalbo, Sacristán apuntaba que el propósito “era traducir conocimiento para gentes que podían leer folletos de no más de 50 páginas, bien escritos”, textos que se pudieran leer en el metro o en el autobús y “que permiten renovar la preocupación cultural con el estado de los conocimientos en el momento en que se estaba”.

Este proyecto que no llegó a buen término tuvo su reflejo parcial, fragmentario, en lo que luego iban a ser los distintos números de la revista *mientras tanto*.

*Debo añadir que Manolo siempre dijo, creo que con toda la razón, que en la revista faltaban científicos de la Naturaleza, gente con conocimientos de ecología, de biología, de termodinámica, y con capacidad de comunicarlos a los trabajadores. En cambio, el ideal de los colores rojo, verde, violeta y, más adelante, diríamos el blanco, sí que queda más o menos bien recogido en lo que fue su trabajo entre 1979 y 1985, en la revista.*

Por el sitio en que se estaba, no quería terminar sin aludir a un problema importante. En la historia del movimiento obrero, y mayormente en la tradición marxista-comunista hispánica, había ocurrido a veces que, a diferencia del intelectual tradicional, del intelectual amigo circunstancial de los trabajadores, este otro intelectual en la producción, el intelectual comunista de nuevo tipo, resultaba ser, paradójicamente, un compañero incómodo. El intelectual de nuevo tipo no era, digamos, una flor en un elegante florero, alguien de nombre que hacía bonito y daba lustre... y presencia mediática.

*Era alguien que tenía en la cabeza las mismas preocupaciones y los mismos problemas que los otros trabajadores, y que opina sobre ellos con conocimiento de causa y con constancia. Ese fue el caso de Manolo Sacristán. El intelectual que él quería ser no se permite las frivolidades habituales del literato tradicional, tan motivadas por los cambios de humor y por el ir y venir de las modas.*

Pero, precisamente por ello, remarcaba FFB, “por esa constancia y responsabilidad del intelectual en la producción”, podía y

solía acabar resultando incómodo a quienes estaban acostumbrados a ver “en el intelectual sin más algo así como un adorno”. Él, por supuesto, vivió situaciones muy parecidas.

Este tipo de incomodidad que algunos sectores del movimiento obrero organizado podían (y pueden) experimentar ante el intelectual crítico de nuevo tipo era muy distinto de “la incomodidad que experimenta ante su personalidad el colega que, por las que razones que sean, no hubiera tenido la experiencia vivida del movimiento obrero organizado”. Un más que generoso, cortés y afable FFB creía que era por esa diferencia fundamental por lo que se seguía recordando en aquellas CC.OO. la obra y la figura de su compañero. En otros momentos se había ido imponiendo una previsión hecha al día siguiente de la muerte del traductor de Brossa y Raimon por Xavier Rubert de Ventós, en un artículo que había escrito tras la muerte de Sacristán en *La Vanguardia*. La traía a colación porque le había impresionado en el momento en que fue publicado y porque, en cierto modo, creía que XRV había acertado: Decía Rubert de Ventós que “su falta”, la ausencia de Manolo, “nos deja a todos un poco más libres para seguir no haciendo lo que debemos”.

No haciendo lo que debemos. Era una previsión verdaderamente dura... que se había cumplido. También en su caso.

*¡Cuántos intelectuales por entonces comprometidos con la causa de los de abajo habrán dejado de hacer lo que debían desde que Manolo murió! ¡Cuántos intelectuales se habrán sentido «liberados» para convertirse en pingos almidonados desde el día de la muerte de Manolo Sacristán!*

De más de uno había oído él mismo una reflexión como la siguiente: ¿me hubiera atrevido a comportarme como me comporté en el momento del referéndum sobre la OTAN, o cuando la Guerra del Golfo, o cuando hubo que definirse acerca de las movilizaciones sindicales? Caben actualizaciones temáticas pensando en él y en su fallecimiento aunque los tiempos, por supuesto, fueran ya otros y el cinismo, el olvido, la reconstrucción, la desmemoria interesada y la

identidad nacional-nacionalista sean ahora moneda corriente y extendida.

*Manolo era, pues, uno de los nuestros y de los vuestros. Incómodo, sin duda, como lo son y lo serán siempre los intelectuales críticos, los intelectuales productivos que no se limitan a ser amigos circunstanciales, por política, del movimiento obrero cuando las cosas van bien sino que siguen estando ahí, con pensamiento propio y críticamente, también, y sobre todo, cuando las cosas van mal.*

Un intelectual incómodo que, además, acostumbraba a visitar talleres de imprenta. Como Neus Porta, su esposa y compañera, que trabajó en uno de ellos. Como él mismo.

## Visitas a talleres

Hay maestros en la escuela, en el taller, maestros en la producción artística y en la universidad, comenta FFB. Con esas palabras abría “Un maestro que visitaba talleres de imprenta”, su escrito para el libro (Benach, Juncosa y López Arnal, 2006) que acompañó a los documentales de *Integral Sacristán*.

En la España de la II República había habido excelentes maestros de escuela, muchos de ellos asesinados o desterrados por la dictadura. Sacristán lo recordaba siempre que venía al caso “para decirnos a continuación que para lograr una sociedad civilmente democrática había que volver a dignificar esta profesión”. Él mismo escribió sobre algunos de ellos en reseñas y artículos para la revista *Laye*. De Ortega, un intelectual bastante tradicional, había escrito en el penúltimo número de *Laye*:

*Una tradición venerable distingue entre el sabio y el que sabe muchas cosas. El sabio añade al conocimiento de las cosas un saber de sí mismo y de los demás hombres, y de lo que interesa al hombre. El sabedor de cosas cumple con comunicar sus conocimientos. El sabio, en cambio, está obligado a más: si cumple su obligación, señala fines. [...] Cuando el sabio enseña así los fines del hombre más que enseñar cosas lo que enseña es a ser hombre.*

El sabio enseñaba a protagonizar el drama que era la vida, “a vertebrar el cuerpo que es la sociedad, a construir el organismo

que es nuestro mundo, a vitalizar todo lo que es vida común, desde el contacto al lenguaje". Todo eso había enseñado Ortega en su socrática lección explicada a lo largo de más de cincuenta años.

*Su obra, además de enseñar cosas, enseña a vivir y todo lo que el vivir conlleva: convivir –ahí están sus escritos político–, hablar –él ha re-creado la lengua castellana–, amar –en Alemania los estudios Über die Liebe [Sobre el amor] son regalo de primavera.*

En suma, Ortega había cumplido respecto a los españoles una función tan decisiva como la que en su día cumplió Sócrates respecto a los griegos. Lo mismo puede afirmarse de ambos.

Eran tiempos, proseguía FFB, en los que cuando se hablaba de los maestros de escuela se empleaba la minúscula; la mayúscula o las letras capitales se reservaban para los "Maestros del Pensar, para los Maestros de la Universidad, a los que por lo general se consideraba maestros en un sentido superlativo". Sacristán, en cambio, usaba mucho la palabra "maestro" en el amistoso sentido coloquial que en un tiempo tuvo para el castellano, un uso que se ha ido perdiendo: "La usaba sobre todo para dirigirse a personas próximas, a las que quería, en el momento del encuentro. Nadie se siente maestro cuando le llaman *maestro* en este sentido; simplemente se siente reconocido, próximo".

Esta forma de abordar al otro, de iniciar una conversación amistosa, ya no era habitual en la Barcelona de aquellos años. Él había oído pronunciar la palabra en contextos así, todavía, en ambientes andaluces. "Sin duda, "maestro", en este sentido afectivo que digo, era una de las palabras preferidas de Manolo Sacristán, seguramente una herencia familiar". Luego estaban los maestros propiamente dichos, como se solía decir entonces. Sacristán solía alabar al maestro de escuela, a cuya dignificación dedicó muchísimas horas, sobre todo a mediados de la década de los setenta, poco antes de la muerte del general golpista, cuando ellos mismos y otros amigos como Miguel Candel, Teresa

Rodríguez, Francesc Xavier Pardo o Pere de la Fuente se empeñaron en la formación y consolidación de la federación de enseñanza de Comisiones Obreras.

*Una de las varias cosas interesantes que él hizo en esos años, no siempre bien recordada, fue precisamente dar forma a la plataforma reivindicativa que las maestras (porque muchas, la mayoría, de los maestros propiamente dichos eran mujeres) rojas de la Barcelona de entonces estaban elaborando, con la vista puesta en lo que tenía que haber sido la Huelga General de la Enseñanza.*

De entre las llamadas "fuerzas de la cultura" o "cultifuerzas", como solía decir Sacristán con humor, ambos apreciaban sobre todo el papel, en aquellos momentos, de las maestras y maestros: estaban convencidos, con razón, de que, desgraciadamente, el franquismo les había convertido, les seguía convirtiendo en los parias del trabajo intelectual. Pocas veces había visto desplegar a Sacristán tanta pasión razonada (como suele decir aún Víctor Ríos) "como en esos años en que, fuera de la universidad, se entregó a construir lo que llamábamos *frente de la enseñanza*". Exactamente lo mismo puede afirmarse del autor de *Otro mundo es posible*.

No sólo fueron esos maestros. Otros maestros por los que Sacristán (y también FFB<sup>3</sup>) sentía especial predilección eran los maestros de los oficios, los maestros de taller, "aquel tipo de trabajadores que habían deslumbrado a Marx en París y cuya manera de comunicarse y convivir le hicieron comunista, según dijo él mismo". Sacristán apreciaba mucho los saberes (no sólo el hacer) de este tipo de maestros del trabajo manual,

*sobre todo el de impresores y linotipistas, no sólo porque algunos de ellos hubieran estado en el origen del movimiento obrero organizado, que así fue, sino también por el vínculo entre buen hacer y bien pensar que veía en ellos.*

Buen pensar y buen hacer. No sólo había fuerza gnoseológica en el conocimiento científico teorizado. Cuando trabajaba en asuntos editoriales, comenta FFB, a Sacris-

<sup>3</sup> Su compañera Neus Porta fue impresora. En *Utopías e ilusiones naturales* figura como responsable del "diseño y composición del interior".

tán le gustaba ir a las imprentas y seguir y discutir personalmente con los impresores el proceso técnico de producción de los libros o revistas. Y esto, por lo que él mismo pudo observar en varias ocasiones,

*no sólo por aquello de la supervisión de la obra bien hecha, sino por placer: por el estar con ellos, por el olor de las viejas imprentas, por la conversación con los obreros, por la convicción de que también el trabajo intelectual es trabajo en la producción, por aprender técnicas nuevas, por el vínculo que esto tiene con la producción artística.*

De todos los maestros, los que menos gustaban a Sacristán, como a él mismo, eran los “Maestros Universitarios del Pensar y Sólo del Pensar”, los maestros-mandarines para cuya actividad la ideología dominante reserva mayúsculas y capitales. Claro que se dirá: “pero él mismo era un Maestro Universitario, un Filósofo que hizo escuela”, lo mismo que nosotros podemos decir: pero él, FFB, fue un profesor inolvidable y Maestro Universitario, un Filósofo que hizo y sigue haciendo escuela. Y lo era, lo fueron desde luego. ¿Y entonces? ¿Acaso no le reconocemos a Sacristán como introductor de la lógica formal, marxista insigne y profesor universitario apreciadísimo para varias generaciones de estudiantes, en términos parecidos a cómo podríamos hablar de FFB en ámbitos similares y complementarios? La respuesta: sólo que Sacristán, como FFB, “no se parecía en casi nada a los filósofos académicos contemporáneos y en nada a los mandarines del pensar de la época”.

Lo señalado podía parecer raro e incluso contradictorio. Se imponía una explicación. La siguiente.

Sacristán, como Francisco Fernández Buey, no fueron nunca filósofos *licenciados* ni intelectuales *tuis*-tradicionales. Era maestros de la estirpe socrática, de los que enlazaban y enlazan con el machadiano Juan de Mairena, su Agamenón, su porquero y su pasión por la verdad que no se oculta sesgos de clases e intereses ocultos y ocultados. Hablaban muy bien, “hasta el punto de fascinar a los auditorios con su método, su rigor, su precisión y su conocimiento de la lengua”.

Pero no hablaban por hablar. Escribían estupendamente, “en uno de los mejores

castellanos que yo haya tenido ocasión de leer” en aquellos y otros años. Pero no escribían por escribir. Hablaban y escribían con rigor, claridad y precisión siempre *para otros*, siempre para servir, siempre para ser útiles a aquellos que, como diría el conde Arnaldo, con él iban (o iban a él).

*Y como con él entonces iban muchos (o iban muchos a él para pedirle consejo o conocimiento), escribió y habló de muchas cosas. Estoy seguro de que, como los grandes maestros, por su compromiso social y político, escribió y, sobre todo habló, de más cosas de las que le hubiera gustado hablar o escribir.*

Por eso mismo habían podido considerar maestro a Sacristán gentes muy distintas y de muy variada procedencia: “sindicalistas y obreros que estaban saliendo del analfabetismo, maestros de profesión y profesores de instituto, docentes universitarios y filósofos académicos, científicos sociales y científicos naturales, activistas del comunismo y activistas del ecologismo y del movimiento por la paz”.

*Para unos, que querían salir del analfabetismo para escribir una carta a la familia o leer un periódico, habrá sido un maestro en sentido estricto de la palabra. Para otros, que buscaban orientación en la lucha antifranquista o en la crisis del comunismo, habrá sido un abridor de ojos. Para quienes buscaban un método científico o un programa científico habrá sido, sobre todo, un profesor innovador y original.*

¿Podemos afirmar exactamente lo mismo en el caso de su amigo, camarada y compañero? Sí, sin ninguna duda.

Lo más notable, lo que hizo de Sacristán y FFB maestros diferentes para tantas personas con intereses y preocupaciones diferentes, fue la capacidad que tenían ambos, estoy tomando pie en el texto del segundo, para comunicar y explicar sus ideas (y las de los demás) en ambientes tan distintos. Sabían pasar “de la verdad científica a la verdad de Pero Grullo con una facilidad pasmosa”.

FFB había visto a maestros universitarios “perder la color o irse por las etéreas nubes ante preguntas y solicitudes de maestros de escuela, y no digamos ante maestros de oficios o ante trabajadores que empiezan a leer y quieren saber qué es eso de la plusvalía o

eso de la caída de la tasa de beneficio o eso de las externalidades". Yo también. Y FFB había visto a Sacristán, y yo a ambos,

[...] en situaciones tan distintas como las de explicar un teorema de lógica, el principio de relatividad del movimiento local en Galileo, por qué los ateos no deben cargarse con la tarea de demostrar la existencia de Dios, por qué fallan los cálculos estadísticos sobre la probabilidad de la fusión del núcleo en una central nuclear o cómo leer un periódico y por qué un partido laico no debe impedir la entrada en él de militantes cristianos.

En muchos de esos casos, recordaba FFB, el oyente tenía que hacer un esfuerzo para entender o para desprenderse de prejuicios establecidos. En todos, fuera el oyente estudiante de lógica, activista político, maestro de escuela o afiliado al curso de alfabetización en Hospitalet, había entendido o había empezado a entender la explicación. Cosa que sólo consiguen los maestros de verdad.

Y en ese sentido, afirmaba FFB que Sacristán era un maestro diferente. Cabe añadir que ambos, y en ese mismo sentido, eran maestros diferentes.

## Conclusiones

### Manuel Sacristán (1969, 1976, 1979)

I. [El abandono de poblaciones enteras al hambre en los años veinte en la URSS] sucedía por los años en que el joven Lukács, el joven Marcuse, el joven Korsch y otros jóvenes escritores burgueses deliraban, en su sarampión de pseudomarxismo hiperrevolucionario, acerca de la "acción revolucionaria" instantánea y espiritual y otras gloriosidades semejantes. Mientras tanto, los hombres se morían de hambre y los funcionarios, que al menos tienen esa superioridad sobre los intelectuales burgueses pseudomarxistas, procuraban conseguir algo de trigo para que aguantaran un poco más.

II. El sociólogo Helmut Schelsky ha afirmado que la FER se proponía implantar una "tiranía profética" en cuya preparación Meinhof desempeñaba el papel de "sacerdotisa de la violencia". Seguramente la lectura de las pocas páginas de esta antología

[*Pequeña Antología*] bastará para mostrar la implausibilidad de esa interpretación, la incoherencia entre la figura que él dibuja y las raíces filosóficas de Ulrike Meinhof (otros pensamos dicho sea de paso, que los catedráticos reaccionarios son levitas de una hierocracia parasitaria de letratenientes).

III. Mi conclusión en los años 66-68 es que el intelectual es todo lo contrario: un payaso siniestro, un parásito por definición que en cada una de sus payasadas no está haciendo más que asegurar el dominio de la clase dominante, sea esta clase la burguesía de aquí o sea la burguesía burocrática de un país como la Unión mal llamada "soviética". Para mí el intelectual es el personaje más siniestro de nuestra cultura. Pero no el intelectual al que Aranguren estaría dispuesto a criticar, es decir, el físico nuclear. No. A mí el intelectual que me parece más siniestro es el supuestamente crítico, el que con su crítica está constantemente desarmando a la clase oprimida, a la clase explotada, el intelectual que somos los profesores de filosofía. Ésta fue otra razón de inhibición. Yo llegué a la convicción de que incluso el teórico marxista, el intelectual de tipo tradicional [...] es un grupo parasitario de la clase explotadora y que su lucha crítica es simplemente el permanente intento de reservarse un trozo parasitario de plusvalía para él. Con su función supuestamente crítica, lo que hacen es intentar fundamentar y robustecer su identidad frente a la clase dominada, cuya rebelión, naturalmente, les comprometería de un modo definitivo porque es de quien procede el trozo de plusvalía, mediado por la clase explotadora, que ellos devoran.

### Francisco Fernández Buey (1974)

Números crecientes de intelectuales carecen de las condiciones de su trabajo y están obligados a vender su fuerza de trabajo a los capitalistas o al estado. Hay una *asalarización* del trabajo intelectual. Esta asalarización es paralela a un cambio en las condiciones del ejercicio de la profesión, "el trabajo intelectual se efectúa cada vez más en el marco de unidades colectivas [...] que disponen de un

considerable equipo material o técnico". Se trata de una situación "cuyos efectos son, en ciertos aspectos, comparables a los que en los comienzos del último siglo acompañaron la introducción del gran maquinismo en la producción industrial, cuando en el marco del artesanado intelectual el trabajo se ejercía de modo individual" (Casanova). Frente al *profesional liberal* típico de antaño se generaliza la figura del *trabajador intelectual* del centro hospitalario, del instituto de investigaciones, de la agencia jurídica, etc., al servicio de instituciones privadas o públicas que exigen grandes inversiones y un trabajo colectivo.

Todo lo anterior produce una diferenciación clasista en el seno del grupo de los intelectuales. Por una parte, una pequeña minoría de dirigentes de empresas o instituciones públicas, de "managers", de tecnócratas, de "mandarines" de la vida académica, que suelen proceder de los estratos más privilegiados y suelen haber pasado por universidades de elite. Sus lazos con la clase dominante son intensos: son el sector profesionalizado de la clase dominante, cuyo poder comparten, junto con sus privilegios económicos, sus formas de vida y su ideología. Por otra parte, una gran masa de trabajadores que ocupan posiciones subalternas, que sólo comparten el poder —cuando lo comparten— por delegación y que están

alejados de los centros clave de decisión. Entre esta masa se produce a su vez una diversificación que corresponde, en parte, a la avanzada división del trabajo hoy vigente y, en parte, a la complicada organización jerárquica de las grandes empresas y centros de trabajo modernos, pero que también obedece a la política consciente de la clase dominante diversificar y estratificar artificialmente las funciones con el solo fin de perpetuar las condiciones institucionales e ideológicas de la jerarquización clasista, con sus correspondientes efectos morales: espíritu de obediencia, ansia de promoción individual, etc.

#### REFERENCIAS

- BENACH, J., JUNCOSA, X. y LÓPEZ ARNAL, S. (eds.) (2006). *Del pensar, del vivir, del hacer*. Barcelona: Viejo Topo.
- FERNÁNDEZ BUEY, F. (1997). Cultura obrera y valores alternativos en la obra de Manuel Sacristán. En López Arnal, S. (editor). *Homenaje a Manuel Sacristán. Escritos sindicales y de política alternativa*. Barcelona: EUB, pp. 37-43.
- SACRISTÁN, M. (1984). *Papeles de filosofía*. Barcelona: Icaria.
- SARRIÓN, J. (2014). *La noción de ciencia en Manuel Sacristán*. Tesis dirigida por Francisco José Martínez. UNED.